



YO, TAN MAL TIEMPO  
Y TÚ, TAN BUENA CARA



ISABEL JENNER



*Drew es un cazador de tormentas. Sammy es electricidad en estado puro. Juntos provocarán un auténtico tornado...*

Samantha es de Madrid, vive en Londres y es gótica. A Sammy no le importa lo que la gente piense de sus gustos oscuros y, además, metaleros. Ni de que lleve un registro infalible en su preciado libro de agravios de todas aquellas personas que han cometido alguna afrenta contra ella. Pero le preocupa que su novio, con quien tiene una relación desde hace ocho años por internet, haya desaparecido sin dejar rastro poco antes de su cita en Las Vegas, donde habían acordado verse por primera vez.

Drew tiene un trabajo en Las Vegas con el que sobrevive la mayor parte del año para poder dedicarse a su gran pasión, cazar tormentas a lo largo y ancho del país y dejar que la adrenalina le haga hormiguar el cuerpo igual que los rayos que persigue.

Sammy y Drew tocarán tierra en el mismo punto. Ella, en busca de su novio. Él, en busca de tornados. A los dos los arrastrará una química tan fuerte como las tempestades que cruzarán en su viaje por carretera por Estados Unidos.

## Índice de contenido

Cubierta

Yo, tan mal tiempo y tú, tan buena cara

Dedicatoria

Cita

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Epílogo

Nota de la autora y agradecimientos

Sobre la autora

Notas

*Para Virginia y Sonia,  
mis almas góticas preferidas.  
Os quiero*

*El paraíso lo prefiero por el clima;  
el infierno, por la compañía.*

Mark Twain

## Prólogo

Las almas tiernas escriben diarios con sus sueños, emociones e ilusiones. También plasman momentos trascendentales que han marcado su existencia y de los que pueden sacar una lección positiva, incluso en medio de la adversidad.

Tanta sensiblería me produce más ardores que trapiñarme un buen chorizo criollo de dos bocados en una noche de barbacoa.

Por eso, yo tengo un libro de agravios.

En otras palabras, llevo un registro de todas aquellas personas, conocidas o desconocidas, que me han ofendido de alguna manera desde principios de los años noventa. En la primera y memorable entrada figura Luquitas, el niño del que estaba enamoriscada en segundo de primaria y que me pegó un chicle en el pelo después de declararme. Mi melena volvió a crecer, pero mi pésimo historial en cuanto a elección de hombres no ha variado mucho desde entonces.

En fin, el objetivo de este Listado de las Tinieblas no es la venganza *per se*, aunque no ha sido por falta de ganas (sino porque ahora estaría en la cárcel si me hubiera dejado llevar por mis impulsos más tempestuosos). Digamos que sus fines son terapéuticos.

Además, los elefantes no olvidan, y yo, Samantha Madruño Avellaneda, de treinta y ocho años, técnica de labo-

ratorio en una clínica privada afincada en Londres, gótica, metalera y *cosplayer* ocasional, tampoco quiero olvidar.

El libro de agravios es útil. Me ayuda a prevenir que se repitan situaciones desagradables o que vuelva a interactuar con ciertas personas indeseables (aunque considero innecesario relacionarse con la humanidad en general).

El libro de agravios es eficaz. Toda la información que necesito está detallada de forma muy visual y al alcance de la mano.

Y, por último, el libro de agravios es realista. Quien te la ha jugado una vez, te la jugará dos.

Hace poco estrené el vigésimo cuaderno y son las hojas mejor empleadas de mi vida.

Esta es mi entrada más reciente:



## Capítulo 1

*Fulham Palace Road, Hammersmith, Londres  
28 horas antes de La Afrenta*

**M**i prima Romi se casaba en Las Vegas y mi cibernovio estadounidense y acompañante en la ceremonia había desaparecido.

Llevaba tres días sin contestar a mis llamadas ni a mis mensajes, cuando su media en responder oscilaba entre los cuarenta y nueve segundos y las cinco horas. Se había borrado de la faz de la Tierra, esfumado, completamente volatilizado bajo la luz del sol, como el vampiro que a veces afirmaba que era. Si me repitiera ahora lo de sus ancestros valacos, yo le diría que es un gilipollas más que un descendiente de Vlad el Empalador.

Respiré hondo, agarré el asa de mi maleta negra y cerré con llave la puerta de mi piso en el barrio londinense de Hammersmith, dispuesta a dejar Inglaterra durante dos semanas, solo que con unas expectativas muy distintas a las que tenía cuando logré convencerme a mí misma de que este viaje era una buena idea.

El plan original para mis vacaciones era desplazarme hasta «la ciudad del pecado», encontrarme con mi prima y su novio turco, que volaban desde Madrid, asistir a su boda y conocer en persona a mi pareja virtual desde hacía casi ocho años, que vivía en Las Vegas.

Todo este enredo había surgido de un momento para otro, cuando Kerem, actor además de turco, aceptó un contrato para rodar una película en Estados Unidos. Romi, su estilista personal además de su novia, se marchaba a trabajar con él. Y la conclusión a la que habían llegado en sus cabezas trepanadas por el amor romantizado era que tenían que casarse en Las Vegas porque el destino lo había querido así y todas esas babosadas. A mí me recorrían los mismos escalofríos por el cuerpo que cuando veía una película de terror japonesa solo de pensar en el nudo corridizo que iban a echarse al cuello, pero Romi me distrajo de revelarles mis predicciones apocalípticas sobre su futuro matrimonial al proponerme ir con ellos. El razonamiento de mi prima era simple: Kerem y ella viajaban a Las Vegas. Mi novio estaba en Las Vegas. Por consiguiente, yo tenía que ir a Las Vegas.

El caso es que ya sé más que de sobra que seguir los procesos mentales de Romina suele acabar en tragedia, pero este me pareció tan sensato que me pilló con la guardia baja.

—Sammy, ¿no crees que va siendo hora de, no sé, verle a cara a D. T.? Y de palparle otras cosas después de ocho años... —me dijo una tarde mi prima en una de nuestras charlas por videoconferencia.

Mi primera reacción fue enseñarle el dedo corazón en una fluida peineta... Y la del día siguiente, también. Me encontraba muy a gusto con los 8400 kilómetros de tierra y océano que me separaban de mi pareja y no nos habíamos planteado ni siquiera coincidir en el mismo continente en un futuro cercano. Además, para mí no había supuesto un problema que jamás nos hubiéramos visto a través de una cámara, ya que ambos éramos bastante reservados en ese aspecto, y la diferencia de horarios y nuestros trabajos rara vez nos permitían conectarnos a la misma hora. Por no mencionar la especie de fobia que D. T. le tenía a ponerse delante de cámaras y espejos. En resumen, aunque tenía

mis preferencias en cuanto a los hombres, el físico nunca me había importado en ninguna de mis relaciones, y esta no era distinta. Solo me fijaba en cosas como lo que sentía cuando pensaba en él o los gustos en los que coincidíamos (por ejemplo, el placer de grabar sicofonías cerca de cementerios).

Sin embargo, no podía callar a la vocecita (y no era una sicofonía) que me animaba a descubrir cómo era en carne y hueso la persona con la que había compartido tantos años de mi vida; sus gestos, su mirada, su olor... Con el enorme aliciente añadido de visitar Las Vegas.

Había llegado a un nivel de confianza bastante importante con mi novio, y eso, viniendo de alguien tan escéptico como yo respecto a los seres humanos, tenía más peso para mí que el romanticismo o la atracción sexual. Y estaba tan convencida de que a D. T. le pasaba lo mismo...

Nos habíamos conocido en un foro sobre crímenes sin resolver (otra de nuestras pasiones en común) hacía ocho años. Su nombre de usuario es *Dark\_and\_Tasty666*<sup>[1]</sup> y, cuando empezamos a «salir» *online*, decidí abreviarlo a D. T. Cuatro años después, me enteré de que se llamaba Wilbur, pero me entró por un oído y me salió por el otro, porque me lo pasé por el forro y seguí utilizando el diminutivo para dirigirme a él. No sé cómo no caí en lo mucho que «De Te» se acercaba a «jódete», que era lo que me estaba ocurriendo exactamente en ese momento. Joderme por el plantón que me había dado.

Había sido de lo más inesperado, ya que D. T. fingía muy bien, al parecer. Cuando por fin acepté los planes de Romi de tomarme unas vacaciones e ir a conocerlo a Estados Unidos y se lo conté a él, su voz al otro lado del Skype sonaba eufórica, casi como un grito. Y eso son palabras mayores, porque a él normalmente le gustaba susurrar, igual que cuando intentas apañártelas para comentar escenas de una película en el cine y que los que están a tu alrededor no te chisten o te tiren palomitas.

Contra toda normalidad, estuvimos colgados del teléfono casi todo el día. D. T. quería hacer decenas de planes (nocturnos, obviamente) e incluso se ofreció a ir a recogerme al aeropuerto encapuchado o lo que fuera necesario.

Esa fue la última vez que hablé con él. Luego cortó la comunicación por completo sin tan siquiera una despedida. Creo que habría preferido que el momento escapista cual Houdini hubiera llegado antes de crearme falsas ilusiones sobre citas góticas bajo la luna llena en el desierto de Mojave.

Setenta y dos horas después, D. T. todavía no tenía su propia entrada en el libro de agravios y aquello suponía una anomalía en mi *modus operandi* contra las decepciones. Pero, una vez que escribo un nombre en la lista jamás, repito, jamás lo tacho y cancelo a esa persona para siempre de mi vida, así que quería darle una última oportunidad en caso de que estuviera dispuesto a explicarse.

Eso si no estaba malherido a causa de una de las docientas formas que mi imaginación fértil y regada con programas sobre maneras absurdas de morir había fabricado sin mi permiso, y que me tenía muy preocupada.

Aunque, lo más probable era que me hubiera dejado en lugar de haberse roto la crisma al escurrirse con la cáscara de un plátano y golpearse con el pico de la videoconsola con la que jugaba al Castlevania al caer. Por eso, y si he de ser sincera, mi motivación más ardiente para viajar a Las Vegas consistía en dar con él y que tuviera las narices de romper en persona.

Ya estaba en el ascensor cuando me vibró el móvil.

No podía ser Romi. Kerem y ella habían salido antes porque les esperaban más de quince horas de vuelo y una escala, mientras que yo volaría cerca de once horas del tirón.

El misterio se desveló en cuanto saqué el aparatejo de mi bolso con forma de murciélago y leí el nombre en la pantalla.

Fridolina.

—Hola, mamá.

—Hola —me llegó la seca respuesta.

—¿Sigues enfadada porque el viaje a Las Vegas coincidiera con la convención de *youtubers* sénior en Edimburgo?

Sus primeros años como *influencer* habían sido duros, pero desde que se había mudado conmigo a Inglaterra le llovían las ofertas para trabajar como embajadora de empresas de viajes dirigidos a la tercera edad, audífonos, productos para dentaduras postizas, cremas que aliviaban dolores musculares y un largo etcétera de *merchandising* para yayos.

—Claro que sigo enfada, hija, y no se me va a pasar tan fácilmente.

—Ya sabes que Romi y Kerem empiezan el rodaje justo el día después de la boda. La agenda tan apretada que llevan no les dejaba otra opción.

—Bueno, el disgusto de la boda sí que se me ha pasado. Total, ya me la enseñaréis en vídeo. Lo que quería era la oportunidad de subir mi caché posando con Kerem Sunay en Las Vegas.

Me mordí el labio inferior, pintado de negro para ir a juego con el resto de mi persona (oscura por dentro y por fuera) y conté hasta cinco mentalmente.

Mi madre, que conocía bien la ira que se concentraba en mis silencios, intervino otra vez:

—En fin, te llamaba para avisarte de que ya estoy cómodamente instalada en casa de Cameron y a tiempo para la convención.

Cameron era su nuevo escarceo escocés. Mi prima Romi y yo nunca lo habíamos comentado en voz alta, pero estaba segura de que ni sumando los ligues que habíamos tenido entre las dos, superábamos a los de mi madre. Era una maestra de la seducción. Desde luego, la admiraba una barbaridad, pero tampoco estaba interesada en entrar en

demasiados detalles o en que me diera ningún consejo porque, como ya he comentado, no me agrada especialmente el contacto físico con otros seres humanos y soy muy selectiva con el contacto emocional. Por eso estaba tan satisfecha con mi longeva relación internáutica... hasta que dejó de existir.

—Vale —respondí de forma mecánica, mientras intentaba girar el pomo del portal con la mano libre y el móvil enganchado entre la barbilla y el hombro.

—¿Has sabido algo de D. T.?

Casi me rebano un pecho al escapárseme la puerta de entre los dedos.

—¡Joder, qué susto! No —murmuré, con la situación ya controlada y a salvo de convertirme en una amazona—. Nada.

—¿Y sigues con la idea de ir a buscarle?

—Sí.

Había momentos en los que la locuacidad Avellaneda me invadía y otros en los que decir que era parca en palabras sería un eufemismo. En especial, cuando estaba cabreada.

Suspiré.

—Sí, mamá —repetí. Ella no tenía la culpa de mi mal humor—. Me acercaré a la única dirección suya que tengo.

D. T. se había puesto muy pesado con que me quedara con él en lugar de alojarme en el mismo hotel que habían reservado Romi y Kerem y me había mandado un correo con sus datos sin que yo se lo pidiera.

Para Samantha,  
esta es mi dirección:  
280 Pine Drive  
Las Vegas, Nevada 89121

Te espero en casa después del anochecer.  
Tu tenebrosa sombra por siempre,  
D. T.

Y una leche mía por siempre. Menos mal que mi carácter y la experiencia que dan los años me hicieron mantenerme firme en mi decisión de reservar una habitación individual para mí o puede que hubiera tenido que buscar puentes bajo los que dormir en Las Vegas al aterrizar.

Pero no iba a dejar que las cosas quedasen así. Iba a presentarme en esa dirección lo antes posible, aunque las tres opciones más probables sobre lo que podría suceder eran las siguientes:

- Que las señas fueran falsas y acabase en un *sex-shop* o en un bar donde se fumasen canutos o alguna broma similar.
- Que no fuera la casa de D. T. y me abriera la puerta una ancianita que me amenazaría con llamar a la policía mientras me apuntaba con una escopeta recortada.
- Que D. T. me atrajese al interior de su morada para hacerme formar parte en algún ritual satánico relacionado con la sangre fresca.

A mis veinte años, habría accedido a participar en el ritual. Me habría parecido emocionante, incluso. Pero lo que haría ahora sería clavarle una de esas estacas que tanto le gustan en las pelotas.

Me obligué a no darle demasiadas vueltas al asunto y a prometerme a mí misma que, además de localizar a D. T., iba a disfrutar en la boda de mi prima y aprovechar mis merecidos días de descanso en Las Vegas.

—¿Llevas el *spray* de pimienta en el bolso por si acaso?  
—me estaba preguntando mi madre.

—Sí. Y la pulsera esa de los pinchos gordos.

Una de las muchas ventajas de mi estilismo gótico era que cargaba con un montón de cosas puntiagudas encima.

—Fantástico —aprobó—. Es mejor ir preparada. Hubiera preferido que Romi y Kerem te acompañasen a la casa de ese sinvergüenza, pero ya sé que eres muy tuya para esas cosas, hija. Si me quisieras escuchar, le dirías en este